

**ENRIQUE
ZULBARAN
ROSALES**

EL HEROE SOFOCLEO Y LA CULPA TRAGICA

El héroe trágico es un hombre superior que nos ofrece un reflejo de la vida humana en sus momentos decisivos. Se trata de un tipo de ideal que ha sublimado las aspiraciones y los conflictos del hombre común. El héroe se encuentra en una situación de conflicto, producto de su propia grandeza. Por eso corre el riesgo de chocar contra el orden cósmico, y ya sea que triunfe o perezca, una u otra son para el espectador tanto una advertencia como un acicate. Yerra o acierta por medio del dolor, a través de decisiones ineludibles, que en nuestro fuero interno deseáramos evitar.

El héroe trágico no sólo se encuentra en conflicto con una sociedad determinada, sino también con toda la concepción griega del mundo.¹

El hombre común y corriente debe actuar dentro de los límites estrictamente determinados por la *sophrosine* (σωφροσύνη),² y aunque tiene posibilidades de excederse hasta el *thymos* (θυμός)³ —por lo demás, actitud sin la cual el hombre sería demasiado pasivo— no debe, so pena de acarrear un castigo justificado, de atentar contra el orden establecido desbordando sus propios límites al caer en *hybris* (ὕβρις).⁴

El héroe trágico siempre actúa por un fin noble. Las excepciones son raras, y sólo se dan en personajes secundarios.

El héroe vive una acción decisiva en su vida. Ante un dilema decisivo puede vacilar, pero siempre actúa cuando llega el momento definitivo, aun a riesgo de su triunfo. Su decisión puede ser ciega como la de Creonte, o plenamente consciente como la de Antígona.

El héroe sofocleo no es víctima resignada de un destino adverso, ni tampoco es víctima pasiva que vaya al matadero sin luchar hasta el último momento.

La ruina del héroe es consecuencia de una acción cuya responsabilidad es solamente suya, de una *hamartia* (ἁμαρτία),⁵ de un "fallo" intelectual, de un no saber adecuar su pensamiento o su acción al orden cósmico.

En Sófocles la situación trágica es el rompimiento del orden de las cosas, producto de vehementes pasiones que nublan el juicio. No importa si dicha ruptura se produjo deliberadamente o no: el mal causado por Edipo es tan grande como el provocado por Clitemnestra.⁶

Es por un fallo intelectual que Edipo, el más sabio de los hombres, el único que fue capaz de resolver el enigma de la esfinge, el que era considerado por su pueblo uno de los hombres más justos, que debe cumplir su destino. De su acción (el querer conocer la verdad) procede su sufrimiento.⁷

Junto a la nobleza y la decisión ante la acción, interviene, como tercer rasgo común del héroe sofocleo, el sufrimiento.

Dadas sus características, el héroe siempre elige en el momento decisivo la solución de lo bello, lo noble, aunque dicha elección lo precipite a la muerte más espantosa.

El héroe elige su propio destino en el momento decisivo. No es que la *hamartia*, el fallo intelectual ocurra fuera de su responsabilidad. No es que el héroe trágico sea inocente víctima de los dioses.⁸ porque éstos actúen en un plano diferente al del hombre. Ellos deben preservar el orden, y sus designios y acciones rebasan la comprensión humana. Por eso un acto divino puede parecer injusto al hombre, dándole la sensación de ser un juguete de los dioses. Sin embargo, los dioses dan oportunidades al hombre en el momento decisivo. Ellos se concretan a velar por el orden establecido y el héroe puede elegir, dado el conflicto, entre una vida deshonrosa (no heroica) tras pagar su desmesura, o su propia muerte.⁹

El miedo y la angustia son el presentimiento de la ruina, y al mismo tiempo la conciencia de una falta.¹⁰ Vencedores y vencidos, transgresores y defensores de la ley, ninguno puede evitar el dolor y la muerte, pero sus actuaciones se presentan de las maneras más diversas, como diversas son sus naturalezas. Empero, la presencia del dolor y de la muerte no paraliza la acción del héroe, sino que la apresura.

Hemos dicho que el dolor y la muerte no proceden de un acto injusto de los dioses, sino que son un castigo divino producido a consecuencia de la libre acción del hombre. Sin embargo, el problema no tiene una solución tan simple. En realidad queda una región oscura, inexplicable, porque, al excluirse el sufrimiento de la arbitrariedad divina, se hace independiente, en cierta medida, de la esfera de las acciones divina y humana. Pero la lucha del héroe en esta región, lucha aceptada de manera consciente, es su grandeza y aunque sucumba en ella es enaltecido, porque su acción se fundamenta en un fin, una intención, noble, a pesar de que por ignorancia o desmesura choque con lo divino como en el caso de Creonte, quien, como novel guardián de las leyes de la ciudad, considera justo su proceder. Y es que en la tragedia sofoclea no hay ni buenos ni malos, no hay "villanos" estrictamente definidos como tales. Aun el mismo Odiseo, que pretende engañar a Filoctetes, actúa por el bien de los aqueos: sólo poseyendo el arco de Filoctetes podrá tomarse Troya.

Todos los personajes sofocleos, principales o secundarios, aparentemente malos o aparentemente buenos creen estar actuando dentro de lo justo. Este es el verdadero conflicto. La verdad sólo puede ser una, los dioses se encargarán de preservarla a despecho de la aparente justicia de la acción humana. El hombre falla intelectualmente por ignorancia, el hombre cree poseer la verdad y la justicia de su acción en el momento decisivo. Cuando la acción de los dioses señala el camino correcto, el héroe comprende el sentido de su propia acción, se autodescubre tal y como es. Entonces, abatido, sólo le queda sufrir y padecer, ya no sólo lo que es justo, sino su error consciente o inconsciente. Tal es la magistral enseñanza de Sófocles. Nada permanece, el hombre con



hybris yerra, pero un héroe sin *hybris*, un héroe moderado, es inconcebible para el pueblo griego, pues está implícito en la naturaleza del héroe el dolor derivado de su desmesura ingénita. De esto, ni el destino ni los dioses tienen culpa, porque el héroe ha ido más allá de los límites a que llegaba su propia suficiencia en cuanto hombre. Sólo sufriendo o muriendo puede conciliarse con la realidad, pues ha rebasado el ámbito en que le era posible ordenar de manera autónoma su propia existencia.

Sófocles educa al espectador mostrándole lo que el héroe hombre desmesurado, puede hacer y hace en tal situación. Enseña que el logro de un nuevo equilibrio sólo puede darse mediante el dolor. Y, junto a estos héroes desmesurados el genio de Sófocles ha colocado personajes secundarios —como Ismene—, que sirven a manera de contraste a la acción heroica, contraste que se acentúa aún más por la llamada “ironía sofóclea”, que muestra cuán diferente es la realidad de las cosas, de su apariencia. Esta ironía patentiza el conflicto trágico como una coexistencia de opuestos. Por eso, Deyanira mata a Hércules deseando recobrar su amor; Neoptolemo, que aborrece la mentira, engaña a Filoctetes; Edipo, que desea purificar su ciudad, descubre que él mismo es la miasma que alimenta la peste; Ajax mata ovejas creyendo matar a los aqueos, comete dicha acción creyendo honrarse y se deshonra; Egisto y Clitemnestra creen que Orestes ha muerto, sólo para descubrir su error y morir ambos; Creonte, creyendo salvaguardar el derecho, lo infringe.

El hombre más sabio, cuando se ve en la necesidad de actuar, puede caer en la ruina. Incapaz de penetrar el sentido de la palabra divina, no tiene más recurso que la desesperación y entonces el mundo se le presenta sin sentido y la vida humana como un hecho absurdo. Pero es a través del dolor que el hombre adquiere su grandeza, “aprendiendo por el sufrimiento”. El héroe pasa de la acción a la culpa, de la culpa al dolor, y por éste al conocimiento que le integra al orden del mundo.

El héroe, pasada su primera ignorancia, reconoce su verdadero yo en la catástrofe, pero este conocimiento está asociado con una inversión, con el cambio de la buena fortuna a la mala o de la mala a la buena, tal como lo ha señalado Aristóteles. En Sófocles el momento del cambio se confunde con el del descubrimiento, uno y otro se originan mutuamente.

Sófocles tiene en cuenta el todo del cosmos, lo humano y lo divino, por ello el destino del hombre tiene dos vertientes: desde la vertiente humana no es posible explicar la conducta de los dioses; pero desde la vertiente divina debe ser reconocido y admitido que el hombre, “ser de un día”, “sombra de humo”, tiene su grandeza.¹¹

En el panorama que hemos descrito encajan todas las figuras

dramáticas del teatro de Sófocles, todas actúan en aquella zona oscura, inexplicable, localizada entre la esfera humana y la divina, zona libre en la cual el hombre puede actuar, pero cuidándose de no chocar con lo divino, tal y como lo hemos descrito y explicado.

Todos los héroes sófocleos son culpables de desmesura, algunos actúan a ciegas y algunos con plena conciencia, pero todos pecan contra las leyes cósmicas.

En Ajax, por ejemplo, la justicia está presente en todo momento, Ajax ha pecado en su desmesura hasta creerse autosuficiente y rechaza la ayuda de los dioses:

Ajax: Yo aun sin los dioses creo que alcanzaré la gloria.

Esta es su *hamartía*, él solo es el autor de su propia desgracia. A lo largo de la obra se hace evidente la necesidad de abatir la soberbia de Ajax, quien, como héroe que es, no puede vivir deshonorado:

Ajax: Vivir con gloria o morir heroicamente es lo que debe hacer el noble.

Su mente en la desmesura se ofusca. Atenea no es sino una manifestación de la justicia que le hará pagar su ceguera. Mata ovejas creyendo honrarse al cometer un acto que considera justo, haciendo caso omiso al fallo de los jueces, quienes habían otorgado las armas de Aquiles a Odiseo.

Pero llega el momento en que la realidad se manifiesta ante sus ojos y se considera entonces burlado en su hombria, en su valor heroico y perdida la gloria, el único camino que puede seguir es el de la muerte.

En el momento culminante, el momento en que la verdad se revela ante los ojos del héroe, su mente se agita, como brújula sin norte, en opuestos absurdos pero reveladores de su desplome intelectual:

*Ajax: ¡ Oh abismo, que eres mi luz!
¡ Oh resplandecientes tinieblas del infierno!*

Ajax hubiera querido seguir ignorando su fallida acción, hubiera querido retornar a la ignorancia infantil:

Ajax: El no pensar es efectivamente un mal sin pena.

Pero es demasiado tarde, el héroe se ha reconocido a sí mismo, ni la presencia de Tecmesa y de su hijo puede convertirse en razón suficiente para arrastrar una vida deshonorada. El héroe debe morir porque no hay otro camino digno de un héroe, debe morir porque sólo muriendo puede acabar su desmesura.



Pero Ajax no sólo ha despreciado a los dioses, sino que se ha negado a obedecer las órdenes de sus superiores, tal como afirma Menelao. Y aunque Teucro niegue el hecho anterior, aduciendo que los Atridas no eran superiores a Ajax, la enseñanza de Sófocles ha quedado en la conciencia del espectador: en una democracia como Atenas las palabras siguientes fueron una advertencia y una sabia enseñanza:

Menelao: Haya, pues, siempre cierto saludable temor; y no creamos que haciendo lo que nos plazca, no hemos de sufrir luego, pagando las consecuencias.

Aunque algunos comentaristas han considerado que la tragedia de Ajax se prolonga demasiado después de su muerte, y les ha parecido casi ociosa la disputa sobre el entierro del héroe,¹² nosotros consideramos a esta parte como el verdadero eje de la obra. Es que la disputa por el cadáver no es sino la transposición de la situación de hegemonía que alcanzaba Atenas en esos momentos.

Baste para confirmar lo anterior, citar las palabras de Agamemnon:

De ancha espalda es el buey, y, sin embargo, un pequeño aguijón le hace andar recto por su camino.

Ajax se reconcilia con los dioses muriendo. Ellos le han hundido, pero ellos mismos le reservan un lugar en el Hades al permitirle ser enterrado.¹³ De la misma manera, tras larga disputa, Ajax, después de muerto, se reconcilia con los hombres. El enemigo ayuda al enemigo al retornarse al equilibrio, después de ocurrido lo inevitable:

Teucro (dirigiéndose a Odiseo): *Siendo tú el mayor enemigo que tenía éste entre los argivos, has sido el único que ha venido en su auxilio.*

Así, la tragedia de Sófocles nos manifiesta al final ya no una lucha de contrarios, sino un retorno al equilibrio —por medio del dolor— en donde esos contrarios pueden convivir sin provocar una nueva ruptura del orden universal.

Edipo Rey tiene un autodescubrimiento semejante al de Ajax. En el momento crucial se decide no por la muerte, sino por cegar sus ojos físicos en castigo a que su mente no pudo ver con claridad el error. El hombre más sabio, con una sabiduría desmesurada, no es sino un ciego que no logra descifrar el propio enigma de su existencia.

Mucho se ha discutido la inocencia de Edipo, sobre todo apoyándose en el oráculo que lo hace víctima de un destino inevitable. También se ha afirmado que no paga pecados personales, sino el pecado de existir, y que Edipo es desgraciado por sí, por su mala estrella. La hamartía de Edipo implica un contrasentido, pues siendo sabio no pudo interpretar el oráculo que predecía su ruina. Se necesita recordar que el oráculo es un elemento arcaico al igual que es sentido de culpa heredada, pero que, en definitiva, Edipo actúa por ignorancia. Cosa que no lo hace más inocente ni más culpable. El actuó dentro de esa zona libre a la que hemos hecho mención y chocó en su desmesura —es decir en su afán de conocer la verdad, acto por lo demás justo e inherente a su naturaleza— con el orden establecido. Edipo tiene libre albedrío, así como el hombre cristiano lo tiene, pero no puede negar la verdad del oráculo como el hombre cristiano no puede negar —en su religión— la providencia de Dios. Edipo sólo es culpable en cuanto no supo o no pudo adecuar su sabiduría a su propio beneficio.

El castigo que padece es producto de este fallo intelectual, del cual ni Edipo ni los dioses tienen culpa. Pero entendamos de una vez: las acciones de los dioses y de los hombres son amorales, el conflicto trágico se centraría en la búsqueda de la justicia y no de inocentes o culpables. En el caso de Edipo, como en el de Ajax o el de Antígona, tras el dolor o la muerte, triunfa la justicia del orden cósmico.

Filoctetes, al igual que Edipo, ha pecado sin saberlo. Se acercó imprudentemente a la serpiente custodio del templo de Apolo, en

Crisa. Este fue el error que propició la aparición de la pestífera llaga en su pie. Pero el castigo que los dioses le envían no es sólo físico, pues Sófocles nos presenta un Filoctetes casi convertido en bestia, que anhela hablar con griegos, con sus semejantes humanos, a fin de no perder lo poco de humano que a él mismo le queda.

Neoptolemo, joven idealista y justo, engaña a Filoctetes. Ha cometido un error que afortunadamente remedia a tiempo. Pero en la obra sofoclea descubrimos que el joven, en su imprudencia característica, se convierte en fácil sujeto de la acción injusta. Tal es el caso de Creonte —que antes hemos señalado— y el de Edipo, también novel gobernante.

Filoctetes, al igual que Ajax, busca refugio en la ignorancia. Ajax desearía retornar a la ignorancia infantil y Filoctetes halla consuelo en la ignorancia que le ofrece el sueño:

Coro: *Sueño que no sabes lo que es dolor, sueño que ignoras las penas, ven a nosotros propicio.*

Estos héroes ciegos, que no han sabido adaptar su inteligencia al orden cósmico, que padecen en el escenario las consecuencias fatales de su desmesura, nos dan, en boca de Neoptolemo, la más sabia enseñanza de Sófocles:

Conviene que el que está fuera de la desgracia ponga su vista en las desdichas; y que cuando uno vive feliz, medite entonces lo que es la vida para no arruinarse sin darse cuenta.

Notas:

1 Cf., F. R. Adrados, *El héroe trágico y el filósofo platónico*, Ed. Taurus, Madrid, 1964, p. 13.

2 'Estado sano de espíritu, prudencia, buen sentido, moderación, templanza'.

3 'Ira, furor'.

4 'Desmesura, exceso, orgullo insolente, insolencia, impetuosidad, desenfreno, ultraje, insulto, violencia'.

5 Cf., Aristóteles, *Poética*.

6 "Ningún orden sino desorden, desdichado, y locura parece haber en tu corazón" (Sófocles, Fr. 846).

7 Siervo: "Estoy ante lo más horrible de decir." Edipo: "Y yo de oír, pero hay que oírlo sin embargo."

8 Tal afirma Alsina (*Tragedia, religión y mito entre los griegos*, Ed. Labor, Barcelona, 1966, p. 56), en donde define la hamartía como un acto cuya responsabilidad no se nos puede atribuir, es una responsabilidad aparente.

9 Es el caso de Ajax y Antígona, por ejemplo.

10 Recordemos la angustia de Edipo durante sus indagaciones en busca de la verdad.

11 Tal ha afirmado C. Ribas (cf., Alsina, *La literatura griega clásica*, Ed. Creds, Barcelona).

12 Cf., M. R. Lida, *Introducción al teatro de Sófocles*, Paydos, Barcelona, pp. 36-37.

13 En la sucesión de *Edipo Rey* y *Edipo en Colono* hay una solución semejante: los dioses doblegan al hombre, pero ellos mismos lo levantan.